

es el gran remedio. Un español es una especie de mecanismo ingenioso; se está siempre quieto hasta que lo tocan; entonces suele hacer mone-rías tales como hacer que se enfada, torear una silla, abrir una navaja de diez muelles, vomitar una blasfemia o pedir limosna. Como veis, no todos los europeos son capaces de eso. Sin embargo, hay que fijarse y tener cuidado, porque eso no es hacer el payaso, sino entender la vida. El que discurre está en peligro de ser un primo o un panoli y merece que se la diñen. Tenemos nuestras ideas y hasta una variada filosofía del pesimismo. El autor del *Eclesiastés* abriría ojos tamaños al oírnos hablar de la existencia. Nuestro valle de lágrimas es un valle de la Orotava o la isla de Ceilán. Para nosotros todo ha ocurrido ya, y lo que tiene que suceder sucederá aunque se oponga a ello un toro.

En consecuencia, hemos inventado el principio filosófico de que "la vida es un fandango y el que no lo baila un tonto", frase admirable que no se le ocurrió a Lenau, Heine, Leopardi, von Hartmann, ni al mismo Kovaleusky, el célebre autor de *studien zur Psychologie des pessimismus*. Yo, que sé tantos nombres raros que no me caben en la cabeza, ignoro de un filósofo notable que haya discurrendo un sistema moral como el que nosotros poseemos. En efecto, prever los sucesos es volverse loco; no pensar en el porvenir es evitarse quebraderos de cabeza; cuidarse del presente es no saber aquello de Dios dirá; trabajar es ignorar el padre nuestro. Guyau pudo hacer en su *Moral de Epicuro* algunos buenos capítulos acerca de esta idiosincrasia nuestra, a la que pomposamente los repugnantes aduladores de nuestra psicología llaman heroísmo, sobriedad y otras simplezas. Según ellos, nuestra indiferencia no es cobardía, sino serenidad. Cierto: *impavidum ferient ruinae*. Cuando nos encontramos ante el peligro tenemos tal grandeza de ánimo, que de-

cimos: "Da tú primero". Cuando salimos del peligro rotos, deshechos, vencidos, tenemos tal cantidad de espíritu, que nos chanceamos diciendo: "¡Atiza, no era manco!" Así hemos perdido estas bagatelas: la hegemonía del mundo, las escuadras, América, Gibraltar y la vergüenza. No obstante, quien nos dice las verdades nos ofende. Un español ofendido es una cosa terrible; os llama cosas fantásticas que él ha discurrendo en las plazas de toros; blasfema, ruge y os da un navajazo en las entrañas. Es así, y ¡qué le vamos a hacer! Cuando deseéis conocer el espíritu español, alzaos de hombros o lanzad un sonoro ¡pss!...

A Felipe II le notificaron la destrucción de la Invencible oyendo misa. ¿Creéis que vale la pena dejar de oírla? ¡Bah, un chiste!... Salimos del paso con las zaragatas y las bagatelas. La preocupación es en castellano sinónimo de locura. Un hombre que piensa es un orate. A la temeridad le llamamos valor y a la prudencia *mieditis*. Odiamos la reflexión, y nuestro desprecio por el que reflexiona es gallardísimo; cae en la caricatura, en la befa, en el escarnio. En el Parlamento, cuando se leen las cifras se van los diputados. Se llenan los escaños de las plazas y del Congreso cuando va a haber hule. En nuestro escudo falta el cohete. Si se reúnen dos personas para una reivindicación social, no sabéis lo primero que hacen; creéis que estudian el problema, pero lo primero que compran es una bandera con muchas borlas y moñas. Somos tan estetas, que tenemos de la belleza y sus cuestiones las siguientes profundas ideas; la luz reflejada o irradiada en las lentejuelas, es maravillosa; un traje de luces, el ideal: somos monárquicos por los penachos que sacan los caballos de las Reales Caballerizas. En nuestros discursos ha de salir y ponerse el sol varias veces, cantar los pajaritos, correr las fuentes y cruzar paisajes; si no habláis así no os oirán, y se